

Diez.— Bueno; si encuentras algun otro enviale á la cita.

El que se habia atribuido el carácter de discípulo, inclinóse en señal de obediencia, ayudó á Morgan á poner la malleta sobre la grupa del caballo, teniéndole respetuosamente por la brida mientras montaba.

Sin aguardar á que el segundo pié alcanzase el estribo, desasióse el caballo de las manos del criado, saliendo al galope.

A la derecha del camino extendíase el bosque de Seillon como un mar de tinieblas, cuyas negras sombras ondulaban y gemian azotadas por el viento de la noche.

A un cuarto de legua mas allá de Sué, dirigió el jóven su caballo fuera de camino adelantando hácia el bosque, que parecia por su lado adelantar tambien hácia el jinete.

El caballo, guiado por una mano experimentada, lanzóse por entre breñas y matorrales sin vacilar.

Diez minutos despues apareció á la otra parte del bosque.

Elevábase á cien pasos una masa sombría y aislada en medio de la llanura.

Era un edificio de arquitectura majestuosa, rodeado de algunos árboles seculares.

Detúvose el jóven enfrente de una gran puerta, sobre la cual habia tres estátuas colocadas en forma de triángulo:

La de la Virgen, la de Nuestro Señor Jesucristo y la de San Juan Bautista.

La estátua de la Virgen ocupaba el punto mas elevado del triángulo.

El viajero misterioso habia llegado al término de su viaje, es decir, á la Cartuja de Seillon.

II.

La Cartuja de Seillon.

La Cartuja de Seillon, vigésima segunda de la órden, habia sido fundada en 1178.

En 1672 un edificio moderno vino á sustituir el antiguo monasterio; viéndose aun en nuestros dias los vestigios de la última construccion.

Estos vestigio son, en la parte exterior, la fachada de que hemos hablado, con sus tres estátuas, á cuya puerta háse poco antes detenido nuestro misterioso viajero.

Habitaban á la sazón dicho edificio un hombre, su mujer y dos niños, para quienes se habia convertido en granja el primitivo monasterio.

En 1791 fueron expulsados los Cartujos de su convento; en 1792 la Cartuja y sus dependencias fueron puestas en venta, como propiedad eclesiástica.

Las dependencias de la Cartuja consistian antes en un

gran parque contiguo á los edificios, y el frondoso bosque que aun lleva el nombre de Seillon.

Pero en Bourg, ciudad realista y sobremanera religiosa, nadie quiso poner en peligro la salvacion de su alma, comprando unos bienes que habian pertenecido á los dignos monjes que todos veneraban. El convento, el parque y el bosque fueron, por este motivo y bajo la denominacion de *bienes del Estado*, declarados propiedad de la República; esto es, propiedad que á nadie pertenecia.

Y no podia á la verdad suceder otra cosa: la república, con su 21 de enero, 31 de mayo, 30 de octubre, 9 de *thermidor*, 1.º de *prairial* y 18 de *fructidor*, tenia que atender á negocios demasiado importantes para ir á entretenerse en renovar paredes, cultivar huertos, ó cuidar de la conservacion del arbolado.

Al cabo de siete años se hallaba por consiguiente abandonada hasta tal punto la Cartuja, que si por casualidad hubiese penetrado alguna curiosa mirada por el agujero de la cerradura, habria sorprendido únicamente la yerba y la maleza enseñoreándose de los sitios todos del parque y del jardin; del mismo modo que habia tambien obstruido el camino y los dos ó tres senderos que en distintas direcciones cruzaban antes el bosque.

Trepaba con no menos atrevimiento la yedra por las paredes de una especie de pabellón conocido con el nombre de *Correría*, dependiente de la Cartuja y situado como á un cuar-

to de legua del monasterio, á la entrada del bosque; cuyos árboles, aprobechándose de la libertad con que se les dejaba crecer y extender sus ramas hácia donde mejor les pareciese, habian ido rodeándolo poco á poco de un espeso follaje, concluyendo por ocultarlo completamente á la vista.

Por lo demás, circulaban los mas extraños rumores acerca de aquellos dos edificios. Decíanse habitados por huéspedes invisibles durante el dia, que aparecian en forma de horribles fantasmas á determinadas horas de la noche. Los leñadores ó los demás vecinos que se atrevian aun á ejercer en el bosque de la República el derecho de que habia estado constantemente en posesion la ciudad de Bourg en tiempo de los Cartujos, referian que por entre las rendijas de las ventanas cerradas habian visto el resplandor de las llamas atravesando corredores y escaleras, y oido distintamente el ruido de cadenas arrastrando por el pavimento de los claustros. Negabanlo los que se daban á sí mismos el nombre de despreocupados; mas, contradiciendo á tales incrédulos, habia dos clases de personas que lo afirmaban con insistencia, si bien diferian en la explicacion de las causas que producian aquel espantoso ruido y nocturna iluminacion. Sostenian los patriotas que eran las almas de los pobres monjes sacrificados por la tiranía del claustro, que se presentaban pidiendo venganza al cielo contra sus inhumanos verdugos, ostentando despues de su muerte las cadenas que les aprisionaron en vida; al paso que, en concepto de los realistas, era el mismo diablo

en persona, que encontrando desocupado el convento y sin temor alguno á los exorcismos de los dignos religiosos, venía á posesionarse tranquilamente de un sitio donde no habia podido antes introducir su garra. Una circunstancia habia, sin embargo, que dejaba en suspenso el ánimo de todos: ninguno de los que negaban, ni de los que afirmaban, ora se manifestase partidario de las almas de los monjes mártires, ora se lamentase de las recientes conquistas de Belcebú, habia tenido valor de ir, á altas horas de la noche, á descubrir la verdad, para poder decir al día siguiente si la Cartuja se hallaba solitaria ó habitada, y en el último caso, quiénes fuesen sus habitantes.

Indudablemente ninguna mella hacian en el misterioso viajero todos estos rumores; pues, según hemos dicho, al dar las nueve en Bourg, y siendo por consiguiente completa la oscuridad, detuvo su caballo á la puerta del monasterio; y sacando sin apearse una pistola del bolsillo, dió con la culata tres golpes á la puerta, con el intervalo acostumbrado entre fracmasones, poniéndose luego á escuchar.

Pareció por un instante dudar si habria aquella noche reunion en la Cartuja, al observar el profundo silencio y completa oscuridad que reinaba en su recinto.

Al cabo de un rato creyó no obstante percibir el ruido de pasos que se acercaban con circunspeccion á la puerta.

Llamó por segunda vez con la misma arma, y de una manera igual.

— Quién llama? preguntó una voz.—Un enviado de Eliseo, contestó el viajero.—Quién es el rey que han jurado obedecer los hijos de Isaac?—Jehú.—Cuál es la casa que deben exterminar?—La de Achab.—Sois profeta ó discípulo?—Profeta.—Entonces sed bien venido á casa del Señor, dijo la voz.

Al mismo instante oyóse el ruido de las barras de hierro que aseguraban la maciza puerta, descorriéronse los cerrojos, y abriéndose una de las hojas, dió paso al caballero, volviendo á cerrarse tras él, apenas entrado en la oscura bóveda.

El que parecia tener confiada la puerta, que con tanta lentitud se abria y tan prontamente se cerraba, vestia el hábito blanco de los Cartujos, cayéndole la capilla sobre el rostro y ocultando todas sus facciones.

Probablemente, lo mismo que el primer afiliado que encontró en el camino de Sué el que acababa de darse el título de profeta, ocuparia el monje que habia abierto la puerta un lugar secundario en la compañía, pues tomó en seguida la brida del caballo, mientras se apeaba el jinete, desempeñando cerca del jóven las funciones de escudero.

Apeóse Morgan, cogió la maleta, colocó en el cinto sus dos pistolas, y dirigiéndose al monje en tono de mando:

—Creia, le dijo, encontrar á los hermanos reunidos en consejo.—Efectivamente lo están, contestó el monje.—Dónde?—En la *Correría*; véense desde algunos dias, por los alre-

dedores de la Cartuja, algunas personas sospechosas, y se han recibido órdenes superiores para proceder con mucha cautela.

Encogióse el jóven de hombros como para significar que todas aquellas precauciones le parecían inútiles, y luego en el mismo tono de superioridad:

— Haced conducir el caballo á la cuadra y acompañadme al consejo, le dijo.

Llamó el monje á otro hermano, que se encargó del caballo, y tomando una antorcha, que encendió en la lámpara de una pequeña capilla que se vé aun hoy á la derecha de la puerta principal, hizo seña al jóven de que le siguiera.

Atravesó el claustro, dió algunos pasos por el jardín, abrió una puerta que conducía á una especie de cisterna, hizo entrar á Morgan volviendo á cerrarla cuidadosamente, y levantando por medio de una argolla que habia en el suelo una baldosa que cerraba la entrada de un sótano, al cual se bajaba por medio de dos ó tres gradas, entraron finalmente en un pasillo abovedado, por el que podían caminar únicamente dos hombres de frente.

Siguieron así andando durante cinco ó seis minutos, encontrándose despues frente una reja que les cerraba el paso. Sacó el monje una llave y la abrió, volviéndola á cerrar igualmente, y dirigiéndose entonces á su compañero:

— Con qué nombre he de anunciaros? le dijo.— Con el de hermano Morgan.— Aguardad aquí; dentro de cinco minutos estaré de vuelta.

Hizo el jóven un movimiento de cabeza, dando á entender que estaba familiarizado con todas aquellas desconfianzas y precauciones.

Sentóse tranquilamente sobre una tumba y aguardó.

No habian en efecto trascurrido mas de cinco minutos, cuando volvió á presentarse el monje.

— Seguidme, le dijo; los hermanos celebran mucho vuestra venida; temian os hubiese sucedido alguna desgracia.

Pocos instantes despues el hermano Morgan era introducido en la sala del consejo.

Aguardábanle en ella doce monjes, caida la capilla sobre el rostro; pero luego que se hubo cerrado la puerta y desaparecido el hermano que habia acompañado á Morgan, quitóse este la máscara, levantáronse todas las capillas, y cada monje dejó ver perfectamente su rostro.

Jamás comunidad alguna ha presentado tan buen golpe de vista: formaban la que nos ocupa hermosos y alegres jóvenes, entre quienes dos ó tres únicamente llegarían á la edad de cuarenta años.

Todos los brazos se extendieron hácia Morgan, disputándose todos la preferencia de estrechar al recién llegado.

— Ah! á fe mia, dijo el que con mayor efusion le habia abrazado, nos quitas un gran peso de encima; te creíamos muerto, ó á lo menos preso.— Muerto podría ser, Amiet; pero preso no, ciudadano, como se dice aun, y dejará pronto de decirse. La empresa no era tampoco tan arriesgada: al

momento que nos divisaron, el conductor dió orden al postillon de parar el coche, y aun creo que añadió: «No hay cuidado, ya sé quiénes son.»—Entonces, le dije, si sabeis con quien tratais, amigo mio, pocas palabras bastarán.—El dinero del gobierno? preguntó.—Esto mismo, le contesté. Luego, á fin de tranquilizar á los viajeros, «aguardad, amigo, le dije; ante todo, asegurad á estos caballeros, y sobre todo á las señoras, que no hay motivo para asustarse, pues somos gente conforme que para nada les molestará, contentándonos con ver tan solo los que gusten asomar la cabeza por la portezuela.» Hízolo así una de las señoras, que á fe mia valia bien la pena de mirarla. Enviéla un beso, á cuya benévola demostracion contestó con un ligero grito, refugiándose á lo mas interior del coche, cual otra Galatea; pero como allí no habia sauces, no creí prudente perseguirla. Entretanto iba el conductor vaciando la caja con tan buena voluntad y galantería, que además del dinero del gobierno me entregó tambien doscientos luisas pertenecientes á un pobre negociante de vino de Burdeos.—Ah! diablo! dijo el hermano á quien se habia dado antes el nombre de Amiet, el cual, lo mismo que el de Morgan, no era seguramente mas que un nombre de guerra; esto sí que es sensible. No ignoras que el Directorio, cuya imaginacion es fecundísima, ha organizado cuadrillas de ladrones que toman nuestro nombre, á fin de hacer creer que nosotros robamos á los particulares, es decir, que somos unos miserables salteadores.—Pues por esto, repuso

Morgan, he retardado mi llegada; tuve en Lyon alguna noticia de lo que acabais de decir, y cuando me hallaba ya á mitad del camino de Valenze, advertí la equivocacion. No era muy difícil, pues sobre el saco que contenia dicha suma se leía en caracteres muy inteligibles este rótulo: *Juan Picot, tratante en vinos: Fronsac, cerca de Burdeos.* Habriase dicho que el pobre hombre tenia algun presentimiento.—Por supuesto: le mandaste devolver en seguida su dinero?—Hicemas: yo mismo fuí á entregárselo.—En Fronsac?—Oh! no, en Aviñon. Presumí que un hombre tan previsor se habria detenido en la poblacion mas inmediata para tomar informes sobre los doscientos luisas. No me equivoqué; pregunté en la posada si conocian al ciudadano Juan Picot; y me contestaron, que no solo le conocian, sino que en aquel momento estaba comiendo en la mesa redonda. Subí pues; podeis figuraros de qué se estaria hablando; de la detencion de la diligencia. Considerad el efecto de mi aparicion! El Dios de la fábula, saliendo de la máquina, no ha causado jamás una sorpresa mas completa. Pregunté quién era el que se llamaba Juan Picot, y al contestarme el que lleva este nombre distinguido y armonioso, puse á su lado los doscientos luisas, suplicándole en nombre de la sociedad dispensase el mal rato que le habian dado los compañeros de Jehú. Cambié una seña amistosa con Barjols, un atento saludo con el abate de Rians que se hallaba presente, y haciendo una profunda cortesía á la reunion, salí como habia entrado. Fué cosa de po-

cos momentos, y sin embargo me ha causado un retardo de quince horas; pensé no obstante que era preferible hacerme aguardar á permitir que fuese tomando cuerpo una falsa idea sobre vuestras verdaderas miras. He obrado bien, hermanos?

La sociedad prorumpió en bravos y muestras de asentimiento.

—Lo único, dijo uno de los presentes, que me parece bastante aventurado para vos, es haberos presentado personalmente á restituir el dinero á Juan Picot.—Mi querido coronel, contestó el jóven, hay un proverbio de origen italiano, que dice: «Quién de veras lo quiere, va; el que no, envía.» Quise, y fuí.—Pero ese botarate os lo agradecerá, si teneis algun dia la desgracia de caer en manos del Directorio, diciendo que os reconoce y contribuyendo así á hacerlos cortar la cabeza.—Oh! trabajo tendria en reconocerme.—Quién se lo impediria?—Ah! segun eso, creéis que me presenté á cara descubierta; en verdad, querido coronel, haceis poco honor á mi prevision. Quitarme la máscara, esto es bueno para cuando está uno entre amigos; pero con los extraños, ni por pienso! No nos hallamos por ventura en continuo carnaval? Pues si Gohier, Sieyés, Roger Ducos, Moulin y Barras se disfrazan de reyes de Francia, no veo inconveniente en que me difrace yo á lo Abellino ó Karl Moor.—Y habeis entrado con máscara en la ciudad?—En la ciudad, en la posada y en la sala donde estaban comiendo. Verdad es que si la cara se presentaba cubierta, hallábase en cambio descu-

bierta la cintura, que, como veis, está regularmente provista.

Al decir esto, apartó el jóven la capa, dejando ver en el cinto cuatro pistolas y un corto cuchillo de caza. Luego con la habitual alegría, que parecia ser uno de los caracteres dominantes de su indiferente organizacion, añadió:

—Presentaria un aire bastante feroz, no es verdad? Me habrán tomado sin duda por otro Mandrin bajando de las montañas de la Saboya..... pero ahí teneis los sesenta mil francos de S. A. el Directorio.

Empujó el jóven con el pié la maleta que habia depositado en el suelo, la cual, como rebelándose contra el que con tamaño desprecio la trataba, dejó oír el sonido metálico que descubre la presencia del oro.

Pasó luego á sentarse entre sus amigos, de quienes habia estado hasta entonces separado por la distancia que media naturalmente entre el narrador y su auditorio.

Inclinóse uno de los monjes para examinar la maleta.

—Despreciad cuanto querais el oro, mi querido Morgan, ya que esto no os impide recogerlo; pero hay un sin número de nuestros valientes amigos que aguardan los sesenta mil francos, que vos tocais desdeñosamente con el pié, con tanta impaciencia y ansiedad como la caravana perdida en la abrasadora inmensidad del desierto está esperando la gota de agua que ha de evitarle el morir de sed.—Nuestros amigos de la Vendee, no es verdad? contestó Morgan; buen provecho les haga á los egoistas, ya que quieren batirse solos. Han escogido las

rosas dejándonos las espinas. Nada reciben, pues, de Inglaterra?—Sí, dijo alegremente uno de los monjes, en Quiberon han recibido balas y metralla.—No digo de los ingleses, sino de Inglaterra, repuso Morgan.—Ni un sueldo.—Paréceme, sin embargo, añadió otro de los hermanos mas grave y juicioso que [sus compañeros, que nuestros príncipes bien podrian remitir algun auxilio á los que derraman su sangre por la causa de la monarquía. ¿No temen que la Vendee se canse al fin de una fidelidad que hasta ahora no le ha valido, que yo sepa, ni tan siquiera una demostracion de gratitud? —La Vendee, amigo mio, es un país generoso, contestó Morgan, no hay cuidado de que se canse; qué mérito tendria, pues, la fidelidad si estuviese exenta del peligro de la ingratitude? Desde el momento en que se paga la adhesion con el reconocimiento deja de haber sacrificio, puesto que se recibe una recompensa. Seamos siempre fieles, amigos míos, seamos adictos hasta donde alcancen nuestras fuerzas; roguemos al cielo haga ingratos á aquellos á quienes servimos, y de este modo se nos reservará, no lo dudeis, una de las mas brillantes páginas en la historia de nuestras disensiones intestinas.

Apenas acababa Morgan de expresar, con tan sincero y ardoroso entusiasmo, los hidalgos y caballerosos sentimientos que le animaban, sonaron tres golpes en la misma puerta por que habia sido poco antes introducido.

—Caballeros, dijo el que parecia ejercer las funciones

de presidente, cubríos con la capilla ó la máscara; no sabemos quién va á llegar.

III.

Inversion de los fondos ocupados al Directorio.

Apresuráronse todos á obedecer, dejando caer los monjes la capilla y poniéndose Morgan la máscara.

—Entrad! dijo el superior.

Abrióse la puerta, presentándose el monje que habia acompañado á Morgan.

—Un emisario del general Jorge Cadoudal pide ser introducido, dijo.—Ha contestado á las tres palabras de órden? —Perfectamente.—Que entre.

Salió el monje para presentarse de nuevo al cabo de dos segundos en compañía de un hombre, cuyo traje de aldeano, unido á la particular configuracion de su cabeza, poblada de espesos cabellos negros, revelaban al primer golpe de vista su origen breton.

Adelantó con paso firme hasta el centro del círculo, sin manifestar la menor turbacion, deteniendo sucesivamente su mirada en cada uno de los doce monjes, aguardando sin duda que alguna de aquellas estatuas de mármol diese señales de vida.